

la Marquesa, y dijole al oído con sencilla expresión de gozo inefable:

—Dice el P. Mateu... que Dios me ha perdonado.....

Y luego, con el profundo desprecio del pecador que se considera á sí mismo, con la cristiana humildad del hombre que se ve á dos pasos de convertirse en tierra, añadió muy bajo, como si fuera su voz un débil quejido, queriendo y no pudiendo levantar una mano para golpearse el pecho:

—¡A mí!...—¡A mí!...

Hizo entonces el otro jesuita que el P. Mateu se volviese á Loyola antes que cerrase la noche, acompañándole D. Federico en el coche que esperaba, y los dos ancianos, los dos moribundos, separáronse sin pesar, como dos amigos, que en el dintel de un palacio en que han de entrar por puertas distintas, se estrechan la mano diciéndose: ¡Hasta luego!...

Pensose entonces en traer el Santo Viático al enfermo, y éste acogió la noticia entornando los ojos con humildad profunda, diciendo siempre.

—¡A mí!...—¡A mí!...

De allí á poco vio la Marquesa agitarse mucho, gemir profundamente, revolver los ojos azorado: acercóse á él... Habíasele olvidado un pecado muy gordo, muy gordo... y antes que tuviera tiempo la dama de llamar al Padre, decíale ya él con gran trabajo:

—Yo... por divertirme... por fastidiarle... escribía todos los días una carta á Frasquito...

diciéndole ¡Mentecato!... ¡Cuatro meses le escribí!... Cuando Jacobo volvió de Italia, dejé de hacerlo... Me lo pidió él: decía que le interesaba... Tú le pedirás perdón á Frasquito... ¡Me pesa!... ¡Me pesa!...

Llegó el Viático, y recibiólo el enfermo con muchas lágrimas, y cierta especie de pavor afectuoso y humilde, que le hacía repetir de continuo.

—¡A mí!... —A mí!...

Entonces pidió la Extremaunción, y dijéronle que ya la habia recibido la víspera; más él, con sencillez, quiso recibirla de nuevo.

—Si no me enteré, decía...—Que me la den otra vez: así iré más limpio.

A las siete hallábase aun bastante entero, y dando una gran voz de repente, llamó á Monina... La Marquesa hizo traer á la niña, y púsola como por la mañana, frente a él, encima del lecho: la inocente criatura agarrábase asustada al cuello de su abuela, y miraba al enfermo con los ojos muy abiertos, sorprendida y silenciosa, sin atreverse á llorar. El moribundo quiso levantar una mano y no pudo; miró á la niña con ternura inmensa, y haciendo un penoso esfuerzo, dijo:

—Yo te enseñé... *Bendita sea tu pureza...*  
Dílo.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas, y su pechito se comenzó á estremecer como el de un pájaro asustado: su abuela le dijo al oído:

—Dilo, hija mía...—Si lo sabes tú dilo.....

La niña cruzó sus manitas y comenzó su oración, repitiéndola Diógenes en voz baja, muy lenta, con cierta especie de solemnidad augusta, que recordaba las notas de un órgano acompañando el canto de un ángel:

Bendita sea tu pureza  
Y eternamente lo sea,  
Pues todo un Dios se recrea  
En tu graciosa belleza.  
A tí, celestial Princesa,  
Virgen Sagrada María,  
Yo te ofresco en este día,  
Alma, vida y corazón.  
Mírame con compasión.....

Apagóse aquí la voz de Diógenes, y oyóse tan solo la temblorosa vocecita de Monina, que por un feliz error ó por una inspiración del cielo, equivocaba el último verso.

¡No le dejes Madre mía!...

Diógenes ya no la oía: comenzaba entonces el estertor, y su angustioso resuello interrumpíase á veces por más de un minuto. Llévaronse á la niña: la Marquesa y el jesuita se arrodillaron, y comenzaron á rezar la recomendación del alma: á las once menos cuarto, sin ningún estremecimiento, sin verdadera

agonía, sin soltar de las manos el crucifijo, abrió un poco la boca, y espiró .....

A la otra mañana, cuando después de la solemne Misa de *requiem* que hizo celebrar la Marquesa en Zumárraga, volvió el jesuita á Loyola, oyó que las campanas de la iglesia tocaban también á muerto.....Había fallecido aquella noche el P. Mateu: encontrarónle al amanecer, ya frío, tendido en su lecho. Tenía en las manos el rosario, y vagaba aun en sus labios su pura sonrisa de niño: sobre su frente, amarilla como el marfil antiguo, un nimbo de cabellos blancos realizaba el tipo más peregrino de belleza moral que puede fingirse el hombre. La inocencia con la cabeza blanca... (1).

### III.

Muchos y graves sucesos habían tenido lugar, desde que al terminar el libro anterior dejamos á Jacobo camino de Italia, hasta que hemos vuelto á encontrarle en la carretera de

[1] La muerte de este santo anciano, acaecida casi al mismo tiempo que la de la persona que auxiliaba, es un hecho rigurosamente histórico.